

Incertidumbre, inseguridad, restauración y política

Foto: Hugo N. Mamani



Estamos acostumbrados a enunciar y escuchar que cierta incertidumbre inunda la vida cotidiana en lo referido al curso de la economía y la política. Los medios de comunicación hacen de la incertidumbre (en tanto ausencia de certezas que den sentido a ciertas prácticas) la moneda corriente con la cual se compra en cuotas un poco de seguridad. In-certidumbre e inseguridad son dos experiencias humanas que predominan hoy en la calle, el trabajo, los medios de comunicación e incluso en las prácticas y coyunturas políticas de diverso cuño.

Pero, ¿son estas experiencias personales y sociales verdaderamente experiencias reales? ¿A qué incertidumbre e inseguridad nos referimos?, ¿Cuál es el origen histórico-concreto de estas experiencias humanas?

1. Punto de partida: La incertidumbre cultural

El 2001 marca un punto de inflexión en la vida social, política y económica de nuestra región. El agotamiento del modelo neoliberal puso en jaque a políticas y economías sustentadas en las leyes del mercado total. La maquinaria neoliberal estalló en sus versiones de recorte estatal para políticas públicas y luego, en la actualidad, en la macro-economía de corte financiero.

El derrumbe de la torre neoliberal se materializa en el derrum-



Por Carlos Asselborn

be de las bolsas y las economías mundiales, siempre revestidas de antropomorfismos: ellas se emocionan, horrorizan, asustan, confían, se excitan y sobresaltan. Éste es el nivel mediático de la crisis. Todo parece "desvanecerse en el aire".

Pero hay algo más, que podríamos llamar, a falta de claridad conceptual y categorial, el nivel subjetivo-sensible del susodicho derrumbe. Hablamos del *neoliberalismo como estilo de vida*, como cultura, como estética y ética del orden, como conformismo e ideología de la no-

ideología que aún pervive y persiste en nuestras subjetividades sensibles. Nuestra sensibilidad (es decir, no sólo nuestra conciencia sino también los deseos, gustos, preferencias, emociones... que nos constituyen como sujetos corporales) comienza a sentirse in-cómoda y asustada ante tamaña transformación y, peor aún, ante el retorno de lo reprimido: la vuelta del Estado y la puesta en discusión no sólo de una matriz económica, de un esquema de acumulación y distribución de la riqueza, sino también de un estilo de vida que ha llegado, en algunos casos, a trastocar cierto "ethos cultural". Ante este panorama nace..., la incertidumbre. La certeza que presentaba el estilo de vida neoliberal ya no es tal y el miedo a perderlo se hace sentir.

Con lo anterior queremos decir que la economía y la política



educan a la ciudadanía bajo determinados parámetros hasta producir una cultura. Nuestro planteo parte de la siguiente afirmación: gran parte de la sociedad, al menos en nuestro país - Argentina-, ha sido durante más de treinta años pedagogizada bajo los manuales y valores de eso que llamamos "neoliberalismo".

Neoliberalismo que durante la década de los años 90, en la mayoría de los países de la región llevó a cabo procesos de privatización de empresas estatales, desregulación y flexibilización laboral. Pero no sólo esto. Fue un *proceso cultural* en donde se construyeron e implantaron valores centrados en la competencia, la mercantilización de la vida, la des-utopización del imaginario social y la constitución mass-mediática de la política reducida a espectáculo.

Estos valores, creencias y estilos es lo que hoy han comenzado a discutirse bajo la ambigüedad propia de todo proceso histórico. Si a esto se le llama "*crisis de valores*", pues estamos de acuerdo y... en buena hora que hayan entrado en crisis.

Ante esta puesta en debate, aparece la sensación de incertidumbre en tanto desaparición de las certezas que delineaban sentidos y horizontes individuales y sociales. Luego, como segunda reacción, y sin pretender caer en la tentación de las explicaciones causalistas-mecanicistas, aparecen discursos y prácticas sustentados en la restauración. La huida hacia atrás, la nostalgia por lo perdido, el paraíso que no supimos retener y cuidar, el sueño del jardín neoliberal devenido ahora desierto, donde habita la rapiña que atenta contra la seguridad de los ciudadanos reducidos a propietarios-consumidores.

La incertidumbre es entonces la contra-faz de aquella seguridad perdida que habíase construido sobre la roca de la propiedad y no sobre el siempre movido, dialéctico y conflictivo "bien común".

Cuando hablamos del neoliberalismo - repetimos- en tanto "estilo de vida"-, hacemos referencia al producto acabado llamado "ciudadanía media" o "ciudadanías de baja intensidad". Estilo de vida canonizado mediante la construcción y educación de identidades personales y colectivas en base a la predicación cotidiana de los valores de la competencia, el sacrificio, el orden, el mérito, el premio-castigo, la teoría de los juegos, la ideología de la higienización, el auto-control, el consumo, la propiedad "ganada con sudor y lágrimas".

Este estilo de vida supone también una religión, con sus ritos y fetiches, ahí su poder de persuasión y su eficacia en tanto señala una ética normativa, que transforma los corazones, embota los sentidos y redirecciona la capacidad creativa hacia la competencia, eficiencia y calidad.

Se trata de señalar al neoliberalismo no sólo como política económica sino también como sistema educativo, sistema ético, estética y marketing de un "yo" construido vía sacrificial. El fracaso en esta construcción significa ser expulsado al vertedero de los residuos, no por azar sino por propia culpa. Culpa en tanto sentimiento individual que hará de ese individuo una víctima más, sin posibilidades reales de transformarse en sujeto político.

El "derrumbe" muestra la puesta en discusión de este estilo de vida. Y tal situación, de manera mediata o inmediata señala la necesidad de re-discutir un "sentido común" centrado en la aceptación acrítica de paradigmas sociales y políticos sustentadores

de la resignación y de cierto pesimismo antropológico: el hombre por esencia quiere dominar, por lo tanto, siempre habrá dominadores y dominados. Ir contra este hecho es ir contra la misma naturaleza. Este argumento será el germen para naturalizar la desigualdad.

2. Primera respuesta: la inseguridad y la inversión de los Derechos Humanos.

Del derrumbe nace este momento histórico en donde una porción de la sociedad experimenta que sus vidas, deseos e intereses han entrado en un túnel incierto del cual no se atisba la luz que todo lo aclara... o aclaraba.

Los debates mediáticos sobre la inseguridad, reducidos al mismo elenco de recetas, llega a su cenit en la discusión acerca de la trascendencia del problema: ¿mera "sensación" o crudo realismo? Incluso más, los discursos y políticas de Derechos Humanos operarían ahora como dispositivos que profundizan el problema. Los "derechos humanos son para todos" es la proclama republicana, ocultando con esa consigna que en ese "todos" la cuna ha sido desigual, terriblemente desigual. Por lo tanto, y a riesgo de equivocarnos otra vez, la incertidumbre en la cultura contemporánea supone re-discutir nuestros modos de vivir bajo la égida del orden del mercado, la seguridad privada, el miedo como parte de la carne humana y la propiedad como garantía de libertad. La pérdida de estos atributos, del cual sólo algunos disfrutaban, ha provocado el escozor, la sensación de in-seguridad y la radicalización de experiencias humanas cuyo sentido ha sido quebrado por la incertidumbre creciente. Es volver a preguntarnos seriamente ciertas cuestiones básicas: ¿Somos todos los humanos, seres humanos?, ¿No será que reconocemos como seres humanos hace referencia también a esa radical in-seguridad e in-certidumbre que nos iguala, es decir, nos humaniza?

Asumir el dato de la incertidumbre supone y exige la responsabilidad de la crítica a nuestro "estilo de vida", cuestión cultural-política si la hay, en esta hora en donde los deseos restauracionistas se traducen en políticas para minorías, la creciente ideología de la "no-confrontación" y un pedido de consenso reducido al acuerdo entre quienes tienen el uso - privatizado- del logos. ¿Qué incertidumbre exigen los intereses en pugna en la cultura actual? ¿Qué incertidumbre para cuál proyecto político? Preguntas, no sabemos si las mejores, pero que intentan poner en la mesa del debate la tensión entre pensamiento crítico y la apuesta por proyectos, ambiguos todos, que pretenden aun la emancipación social.

Con lo anterior queremos señalar el uso político-restaurador que la incertidumbre y la inversión de los Derechos Humanos poseen en determinadas coordenadas histórico-sociales. Al decir de Franz Hinkelammert, en nombre de los Derechos Humanos se violan los Derechos Humanos.

3. Segunda respuesta: la restauración conservadora.

La incertidumbre en la cultura será también la partera de discursos cotidianos y mediáticos que hacen del orden-seguridad aquella naturaleza a restaurar. Es el orden-seguridad-gobernabilidad y previsibilidad el paraíso a recuperar. Restauración conservadora devenida no sólo en discurso del orden, sino en una política que hace de la *dependencia del individuo* un recurso gra-

tificador. Es la fascinación del orden de la que habla el filósofo uruguayo José Luis Rebellato "El orden tiene un poder de atracción capaz de que los dominados encuentren gratificación en la dependencia, aún cuando estén sufriendo exclusión".¹

El orden, cuando se transforma en pensamiento, - modo de comprender el mundo y las relaciones humanas-, exige la normalidad y conformidad social entendidas éstas como respuestas racionales. La irracionalidad de esta razón que se presume sensata, reside en la pasividad y hasta aceptación fatalista de la injusticia, la explotación y la desigualdad. Es éste el *realismo* que exige el orden devenido pensamiento y la seguridad en tanto ideología militante. Orden y seguridad que manifiestan, repetimos, cierta antropología que hace del egoísmo, la supervivencia del más fuerte - el hombre lobo- su fundamento indiscutible: los hechos son los hechos.

La amenaza a este orden-seguridad, incluso su progresiva pérdida - es decir, pérdida de un modo de vivir encarnado en la ideología neoliberal- produce esta reacción restauracionista, cada vez más al desnudo. Y es llevada a cabo por una fina estrategia de apropiación de lenguajes y prácticas críticas.

A falta de un lenguaje aceptable socialmente que dé cuenta de este interés restauracionista, observamos cómo ciertas categorías y conceptos se re-significan según el uso y el interés de determinados sectores sociales. Democracia, ciudadanía, participación política, consenso, institucionalidad, republicanism, diálogo, autoritarismo, incluso "nueva dictadura"... fonemas nunca antes tan frecuentados. Categorías, conceptos, cacofonías que revelan el grito de aquella porción de la sociedad a la cual se le ha trastocado su antiguo - aun no fenecido- estilo de vida *privatizador y flexible*. La restauración vendrá entonces arropada con estas exigencias de más democracia, consenso y participación política.

4. Educación, desigualdad y políticas transformadoras.

La posibilidad real de políticas con pretensión de transformación social parece haber quedado clausurada luego de la crisis de los socialismos reales. Ayer la caída del muro indicaba la sepultura de todo discurso y proyecto político con presunción de mayor justicia social, igualdad y distribución de la riqueza. Hoy, luego de la caída de las torres gemelas y entre los escombros que va dejando la caída del sistema económico-financiero capitalista, persisten ciertos paradigmas teóricos y políticos que recorren a los predicamentos neoliberales: ¿hay crisis?. No obstante, en América Latina continúan su curso algunas experiencias políticas progresistas que trajeron algunas novedades a la región: el reposicionamiento del Estado como regulador de la economía, el debate por los recursos naturales, la reivindicación de los derechos humanos violados, la puja por la distribución de la riqueza. Novedades en tanto y en cuanto comparamos estos hechos con la década neoliberal pasada. Pero hay un problema al que queremos referirnos con un poco más de atención: la desigualdad social. Problema al cual todo proyecto político, en principio, intenta solucionar atacando efectos o causas. Y frente a dicho problema una respuesta está presente en el sentido común, respuesta que se ha sedimentado en las conciencias de muchos sectores, por no decir casi la totalidad de las sociedades. Ésa respuesta

queremos criticar.

Educación y política.

Y la respuesta correcta es: "La educación es la solución a todos los males". Lugar común presente en la calle, academia y oficinas gubernamentales es la solución esbozada: la educación de las clases bajas. Esta estrategia permitiría alcanzar cierta igualdad y con ella, cada uno debería al fin, ocuparse de sí mismo. Nos olvidáramos entonces de los deleznable planes sociales, ya que dicha ayuda social fomenta la holgazanería, madre de todos los vicios. Con la educación cada uno podría conseguir un trabajo, esforzarse, sacrificarse y al fin conquistar su autonomía. Por lo tanto, para los no educados o mal-educados la solución es más educación.

Este argumento fuerte, por cierto, olvida la instancia de autocrítica que señala los límites y desviaciones llevadas a cabo por el sistema educativo productor de ciudadanos "libres, laboriosos y responsables". Insistimos: el sistema educativo supera las fronteras escolares y académicas. El lugar de trabajo, la nueva cultura, los medios de comunicación, las prácticas consumísticas, la flexibilización, privatización y la recurrente estetización de la política fueron y son las nuevas aulas en donde se forman los presentes y futuros ciudadanos. Ciudadanos que reclamarán más educación para los no-ciudadanos. Educación que hará del supuesto sacrificio individual la métrica desde donde calcular méritos, premios y castigos: educación popular.

Señalamos entonces al capitalismo también como un sistema educativo exitoso cuyo principal logro ha sido la formación de ciudadanías acobardadas y miedosas, pero con capacidad de reacción ante pretensiones adversas. ¿Qué aprendimos como ciudadanos en estas últimas décadas?, ¿qué deberemos desaprender para volver a situar la exigencia de justicia social, igualdad, emancipación como tareas inexcusables para el bien individual y colectivo?. Tal vez alguna respuesta advenga en la medida en que el debate se libere progresivamente de hegemonías mediáticas, académicas y dogmatismos reaccionarios. Hegemonías y dogmatismos que, privatizando la palabra en lenguajes pedagógicos academizados, han replicado la desigualdad que pretenden combatir. **Se trata aprender a ser seres humanos iguales.** Tarea que deberá criticar la función des-politizadora del claustro docente (academia, medios de comunicación, culto al héroe, etc) y la apuesta por el ágora siempre democrático y conflictivo.

"Lo que embrutece al pueblo no es la falta de instrucción, sino la creencia en la inferioridad de su inteligencia. Y lo que embrutece a los 'inferiores' embrutece simultáneamente a los 'superiores'"².

Carlos Asselborn

Notas

1. **Rebellato, José Luis.** *La encrucijada de la ética. Neoliberalismo, conflicto Norte-Sur, Liberación.* Montevideo: Editorial NOR-DAN-Comunidad, 1995, 76. Cfr pp 67-87.
2. **Rancière Jacques,** *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre emancipación intelectual.* Buenos Aires. Libros del Zorzal: 2007, p. 58.